Allá en el horizonte, detrás de tuerta rama
De sempiterno pino, como en costosa tela
De sin rival bordado campea el Fujiyama,
Y en el espacio un cuervo grazna á la par que vuela.

La sombra poco á poco tiende su malla obscura,
Y cuando ya ha cubierto con velo funerario
Los árboles y el verde jardín de miniatura
Encuéntrame en mi estudio silente y solitario.

Una canción muy triste, que entonan muchas voces
En el cuartel cercano, suena como un gemido
De selva, cual la cuita que exhalan las veloces
Olas del mar acerbo cuando se ve afligido.

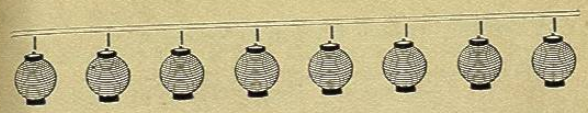
A esta hora siento que me barrenan vagas
Ansias de amor y lucha, que me lancinan hojas
De tristes remembranzas, que me atraviesan dagas
De duelos y me punzan espinas de congojas.

A la implacable ausencia forzoso es que sucumba,
Y manos que yo quise despliegan mi mortaja,
Con delincuente celo cavan mi fría tumba
Y con culpable ahinco sellan mi negra caja.

Y ella tambien me entierra, ¡oh arcángel fementido!
No obstante sus lamentos y lágrimas de histeria;
Tan solo tú, que sufres del crimen de mi olvido,
¡Oh madre mia! sabes y sientes mi miseria.

Los cárabos malditos, graznando en los pinares
Aumentan de la noche la lóbrega pavura,
Y aunque he cruzado muchos y procelosos mares
Me espanto del abismo sin fin de mi amargura.

BIBLIA ALFONSINA
SECRETARIA



II

En la jocunda calle suenan las francas risas
De niños que retozan, se arrastran las carretas,
Se siguen los kurumas, florecen las sonrisas
De las musmés que marchan con sus sonantes guetas.

Linternas mortecinas alumbran los dinteles,
Y un chamisén lejano destila en mis oídos
Acordes de cadencias metálicas y crueles
Y lúgubres arpegios iguales á gemidos.

Al femenil reclamo del ríspido instrumento
Mi espíritu que ataba la angustia con sus lazos
De trances voluptuosos se estremeció sediento
Y ansió el celeste asilo de unos amantes brazos.

Junto al jibachi arcaico percibo la fragancia
Del familiar brevaje que la nesán me vierte,
Y mientras Matsu y Tama penetran en la estancia
Paso en redor los ojos: en un rincón se advierte

Un biombo de dos hojas cubierto de poemas
En bello jiragana; donaire del estrado
Cuelga un korín, y un ramo de flavas crisantemas
Resalta en un florero de bronce patinado.

Asoman Pino y Perla, graciosas criaturas,
Y mientras la una tañe ritmando un dulce canto,
La otra mima un baile de exóticas posturas,
Canción, música y baile llenándome de encanto.

Suena la voz meliflua que sigue la guitarra
Y danza la silueta menuda y vaporosa,
Cual canta en el verano la ríspida cigarra,
Como entre flores gira joyante mariposa.

Ya de la guesha breve cesaron las canciones
Y la adorable oshaku sola á mi lado queda;
Sus manos, dos pequeños y cándidos pichones,
Por su sin par tersura compiten con la seda.

Los lirios de su cuello con mis caricias quemo,
Medrosas del deliquio se esconden sus pupilas,
Y oyendo sus dichosos latidos remo, remo,
En un leteo de aguas profundas y tranquilas.

CAPILLA ALFONSINA

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

III

Herido por las flechas de insólita tortura
Fué en cada triste hora mi mágico anodino,
Y cuando fuí á su lado sediento de ternura
Hallé su pecho lleno del delicioso vino.

Olvido destilaban sus ojos almendrados,
Y de sus breves labios nevaban las sonrisas
Igual que de los bellos cerezos encarnados
Las flores cuando pasan las juguetonas brisas.

Por sus pulidas formas de nácar transparente
Vagaron mis caricias en lenta caravana,
Sus gracias me insinuaron el misterioso Oriente
Y preso entre sus brazos me imaginé el nirvana.

Amé el Japón entonces y sus heroicos hechos,
Sus samurayes bravos y artistas peregrinos,
Sus gráciles pagodas de arremangados techos
Y sus sombrosos parques de inmarcesibles pinos.

Crecían diaramante mis gozos exquisitos,
Y en mi confiado pecho las bandas de ilusiones
Lanzaban sin reposo sus dulces gorgoritos
Como en las quietas frondas los gárrulos gorriones.

IV

El barbiníveo invierno de frígido cayado
Secó las crisantemas con su glacial aliento
Y la porfiada lluvia repite en el tejado
Su familiar sonido que causa aburrimiento.

No más torturas forjo cuando me envuelve la onda
De las memorias, siento quizá, melancolías,
Pues sé por experiencia que la pasión más honda
La borra poco á poco la vuelta de los días.

CAPILLA ALFONSINA
SANTARIA

De guetas y kurumas oigo el rumor lejano,
Y al resplandor incierto de una linterna miro
Un celadón que baña la luz y un pino enano
Que se retrata encima del muro de papiro.

Para el letal fastidio no hallo ningún remedio;
El Buda que medita me deja indiferente,
Los libros me exasperan, y víctima del tedio
También, mi gato hila, hila continuamente.

En el follaje donde la sombra los escuda
Los cuervos me impacientan con su áspero graznido,
Y sin cesar la lluvia tediosa, testaruda,
Sobre las tejas brinca con importuno ruido.

La forma de un liviano kuruma que me intriga
Más cerca, más distinto, más bullicioso rueda,
Y abriendo el karakami entra mi dulce amiga
Sus mangas agitando como élitros de seda.

Con mimo se acurruca sobre mi pecho amante,
Me dice mil ternuras con sus miradas hondas,
Y cuando nos despierta la luz del sol radiante
Gorjean los traviesos gorriones en las frondas.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPILLA ALFONSINA
ESTANTERIA

V

Discreta, sonriente, menuda, vaporosa,
Vestida de kimonos ligeros como espumas,
Va y viene por mi estudio como una mariposa,
Va y viene como un ave de abrillantadas plumas.

En el diván mullido sembrado de cigüeñas,
De sus oblicuos ojos columbro en los confines
Bandadas de dulzuras que pasan zahareñas
Cual ciervos en la fresca quietud de los jardines.

Entre mis manos guardo su mano alabastrina
Suave como el buche de cándida paloma,
Y porrumpiendo en música de risa cristalina
Me inicia en los misterios profundos de su idioma.

La nieve suelta, suelta sus inviolados hopos
Que linos impecables extienden en los cielos,
Y lucen níveas flores, como menudos copos
Mostrando sus ramajes sin hojas los ciruelos.

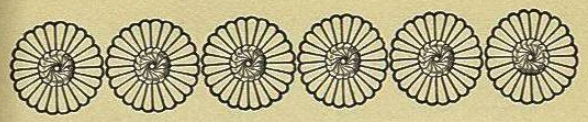
Los techos aparecen en mármol convertidos,
Las frondas se azucaran, se escarchan los cristales,
Y el silencioso parque se cubre de mullidos
Tapetes como pieles de osos boreales.

El péndulo entretanto me urge que me vista
Para un sarao tocando su pertinaz redoble,
Y á mi pesar me pongo la cinta de batista,
El nítido chaleco, el frac luctuoso y noble.

A la verdad me duele dejar el nido grato
Del que mi amada aleja fastidio y pesadumbre,
Y donde deseoso de más calor, mi gato
No obstante su pelliza se sienta ante la lumbre.

BIBLIOTECA ALEJANDRINA

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA



VI

Reinaron los cerezos prendiendo en los jardines
El rosicler hermoso de sus ligeras flores,
Mintiendo el diluido carmín de esos confines
En que la aurora pone sus prístinos fulgores.

Sus pétalos lanzaron en raudo torbellino
Los árboles airosos que envidian los rosales,
Igual que si un espeso boscaje submarino
Se despojara súbito de todos sus corales.

Fué corta sin embargo la alegre primavera,
Y se agostó en los parques la pompa encarnadina,
¿Por qué como la aurora la dicha es pasajera
E inconsistente el gozo cual nube peregrina?

-Yo partiré contigo, suspira con dulzura
Sin que no más sonrían sus labios hechiceros,
Y al releer la carta que causa mi amargura
Crascitan en la sombra los cuervos agoreros.

Mi madre idolatrada sufre mortal dolencia,
Reza el papel nefasto, y un cruel remordimiento
Por mi culpable olvido se hinca en mi conciencia
Rasgando y lacerando como un puñal sangriento.

-Quiero marchar contigo, me dice á toda hora
En tanto que preparo la rápida partida,
Y es suave como un bálsamo la voz consoladora
Del sér que en la lejana isla endulzó mi vida.

¡Que si vendrá conmigo! y acaricié la vana
Resolución que había poco después proscrito;
La llevaré como una preciosa porcelana,
Como una laca espléndida, como un netské exquisito.

-Pero si no habla lenguas, sugiere mi egoísmo,
Y prosiguió arguyendo con inflexible tono:
Hay entre nuestras almas un insondable abismo
Y allá en el occidente disuena su kimono.

A todos mis amigos dije un adiós postrero
En la estación, y cuando mirando las señales
De sus pañuelos blancos movía mi sombrero
El tren partía en medio de verdes arrozales.

¿Y Tama? cuando á bordo miréla á mediodía
Sus ojos me pincharon cual dardos de tristeza;
-Ahora es imposible llevarte, aunque querría,
Y doblegó con mudo quebranto la cabeza.

-Recuérdame, no hay nada más triste que el olvido;
Pero sonríe, vamos, déjame ver tu cara;
Enséñame tus ojos; el último tañido;
Regresaré muy pronto, muy pronto, ¡sayonara!

Ya silba la sirena, ya la cortante quilla
Divide de las aguas la superficie quieta,
E inmóvil, silenciosa, de pie en la incierta orilla
Se esfuma poco á poco su trágica silueta.

Entonces surge el grito de mi pasión bravia;
Pero la invoco en balde, pero suspiro en vano,
Porque entre mí y la dulce criatura que fué mía
Se extiende el infinito salobre del oceano.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA